



El Cortometraje: ¿Un cine en vías de extinción?

El cine venezolano es para muchos Román Chalbaud o César Bolívar, "Macu" o "Macho y Hembra", Orlando Urdaneta o Elba Escobar... Poco se sabe de ese "otro cine" que es el cortometraje. Sin embargo, ya sea en el género documental o en el de ficción, existe una producción más dinámica y hasta más interesante que las películas que se exhiben en las salas comerciales.

Los primeros militantes del cortometraje insurgieron en Venezuela unos veinte años atrás: salían a filmar, cámara en mano, las frustrantes realidades de nuestro subdesarrollo. Creían poder cambiar la sociedad denunciando en sus películas a la burguesía, la oligarquía, el imperialismo. Lo importante no eran las películas ("La ciudad que nos ve", "La Universidad vota en contra", "Pozo muerto"...), sino la "concientización" que de ellas resultaba. "Desarrollar una nueva cultura sobre el cadáver del último burgués", esa era la ambición. Las películas se exhibían en sindicatos, fábricas, barrios, liceos, universidades, suscitando encendidos debates. A través de todas aquellas imágenes en blanco y negro, muchas veces fuera de foco, con un sonido casi siempre directo aunque también en off, pero generalmente inaudible, se fue conformando un "cine imperfecto" que le daba rango de estética a la pobreza y convertía la revolución en dogma. Eran los años 60.

Pero la revolución fracasó, los petrodólares empezaron a fluir, los ranchos se multiplicaron y la clase media emergió. Un puñado de jóvenes se fueron a estudiar cine a París, Londres o Varsovia. Luego regresaron al país, poseedores de equipos más sofisticados y de una estética más refinada. Los cortometrajes de los años 70 se continuaron exhibiendo a través del mismo circuito, pero ya no denunciaban a los culpables de nuestros males: preferían ocuparse de las víctimas, indagando y hurgando en busca de nuestra "identidad cultural" perdida ("Yo hablo a Caracas", "El afinque de Marín", "Minas de diamantes"...). Y lo hacían cuidan-

do el "discurso" pero también la técnica, lo cual costaba dinero y había que salir a buscarlo. Poco a poco, se estructuró un sistema de producción que hoy en día poco tiene que envidiarle a la parafernalia del largometraje: hoy en día, los cortometrajes siguen exhibiéndose en el mismo circuito, pero los cortometrajistas desdeñan el género documental y prefieren expresarse a través de la ficción, han profesionalizado la producción, tratan de llegarle al gran público, se organizan gremialmente, publican ponencias, realizan festivales y ganan premios. A pesar de lo cual, es probable que los cortometrajistas se estén convirtiendo en una especie en vías de extinción...

Actualmente, para producir un cortometraje de diez minutos de duración, hay que disponer de un promedio de trescientos cincuenta mil bolívares. Para ello, los cineastas cuentan con varias fuentes de financiamiento.

La principal es la Comisión de Cultura del Concejo Municipal de Caracas, que otorga anualmente unos setecientos mil bolívares, cantidad razonable para producir cinco largometrajes contando con el complemento de los subsidios a la producción, los créditos de terminación y los incentivos que otorga el Fondo de Fomento Cinematográfico, así como las tarifas preferenciales de los laboratorios. El Concejo Municipal de Caracas ha mantenido una continuidad en su aporte financiero gracias a lo cual se han realizado algunos de los más interesantes cortometrajes, en un marco de absoluta libertad de criterios. En su línea de apoyo al cortometraje, el Concejo Municipal de Caracas también otorga premios al cortometraje y contribuye a su difusión.

Hasta hace poco, Consucra era otro importante organismo en materia de subsidios al cortometraje, pero este programa fue eliminado debido a su accidentada aplicación, y en su lugar se creó el sustancial Premio "Abigail Rojas".

Fundarte también dio ciertos aportes al cortometraje, pero nunca tuvo una política bien definida en la materia, y esta ayuda terminó suspendiéndose.

Tampoco los criterios del Conac han estado nunca muy bien definidos para distribuir el monto de una pequeña partida que se destina al cortometraje desde hace dos años. En cambio, a través del Cine-Club Maraven, el Conac mantiene una encomiable labor de exhibición

de cortos, y cada año otorga varios premios a los jóvenes cineastas.

Otra fuente de financiamiento se consigue en las Corporaciones regionales, pero éstas limitan su aporte a los proyectos que tengan que ver con sus respectivas regiones... o sus necesidades en materia de relaciones públicas.

También está el Departamento de Cine de la ULA, que participa en co-producciones de cortos con criterios flexibles.

Las empresas petroleras cuentan con sus propias estructuras de producción de cortos institucionales, pero algunos autores logran obtener pequeños aportes para realizar sus cortos. Y si tienen algún familiar o amigo vinculado con las grandes Fundaciones, también pueden lograr cierta ayuda.

Finalmente, siempre queda el recurso de buscar financiamiento privado a través de bancos y empresas cuando se consigue algún aval de Foncine.

En cuanto al circuito de exhibición, no ha variado mucho en veinte años: las cinematecas, los cine-clubes, las casas de la cultura, las asociaciones de vecinos, los clubes de recreación de los trabajadores de las grandes empresas, los colegios y escuelas, y muy esporádicamente los canales de TV del Estado. A esto se agregan los festivales dedicados al cortometraje en todas sus variantes que se realizan anualmente en Maracaibo, en Punto Fijo, en Margarita, en Caracas. Al lado de este circuito alternativo, está el circuito comercial que, con excepción de unas pocas salas de cine de Arte y Ensayo, ignora al cortometraje so pretexto de que no corresponde al formato standard comercial (35 mm) —pero en realidad porque le resta tiempo a las cuñas— y eso a pesar de una normativa decretada por Carlos Andrés Pérez cuando era Presidente de la República, obligando los exhibidores a programar los cortometrajes nacionales de autor.

Y con respecto a la exhibición por TV, los canales existentes (incluyendo los del Estado) no han mostrado mayor interés tal vez debido al contenido directa o indirectamente crítico de la mayor parte de esta producción. Sin embargo, los cortometrajistas están actualmente negociando con el canal 10 y el canal 12, que necesitan empezar a funcionar con ventajas frente a la competencia ya existente, y en esa coyuntura, el corto de autor puede resultar un producto tentador.

**CORTOS DE AUTOR PRODUCIDOS
DESDE 1975 EN VENEZUELA**

Años	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984
Cortos	31	23	19	28	9	23	11	19	26	13

Desde 1984 hasta ahora, no hay ninguna contabilidad exacta, otra prueba más de la indiferencia que suscita esta producción

A pesar de la poca audiencia en el país, el cortometraje venezolano ha obtenido ciertos éxitos en las competencias internacionales: son más de uno los cortos seleccionados y hasta premiados en el Festival de Cine de Río de Janeiro, el Festival de Cine Etnológico y Sociológico de París ("Juan Félix Sánchez" de Calógero Salvo y "Memorias" de Oscar Lucien), el Festival de Leipzig (Carlos Azpúrua, Armando Arcé, Nelson Arrietti, Oscar Lucien), el Festival de Huelva (donde Carlos Oteyza ganó el Colón de Oro con "Mayami nuestro"), el Festival de Cine Documental de Lille (donde Joaquín Cortés ganó el primer premio con "El domador"), el Festival de Cartagena ("Yo hablo a Caracas" de Carlos Azpúrua), el Festival de Bogotá ("Caño Mánamo" de Carlos Azpúrua), y otros más.

En estos festivales, no hay cortometrajista venezolano que no logre vender una copia de su película a la TV europea, gran consumidora del formato. Y no es casualidad que los cortos criollos seleccionados, premiados o vendidos sean del género documental.

Este género que, en Venezuela, surgió como un testimonio urgente y panfletario, evolucionó rápidamente alcanzando su edad de oro al final de los 70/principio de los 80. Numerosos cortos impactantes y hermosos han sido realizados por cineastas que supieron utilizar con talento y eficacia este género: Joaquín Cortés, Manuel de Pedro, Jacobo Penzo, Carlos Azpúrua, Carlos Oteyza, Oscar Lucien, podrían citarse como autores significativos entre otros tantos.

Pero ni el documental ni el corto han logrado colmar las ambiciones de nuestros cineastas. En un primer movimiento, algunos de los más estimados documentalistas empezaron por alargar sus cortos (a veces innecesariamente) hasta convertirlos en largometrajes. Luego incursionaron audazmente en la ficción, con resultados algunos más afortunados que otros. Al mismo tiempo, regresaron de Europa los flamantes graduados del IDHEC y

demás escuelas de cine, produciendo uno o dos cortos (de ficción) antes de pasar aceleradamente al largometraje comercial (Marilda Vera, Miguel Curiel, Eduardo Barberena...).

Resultado: hoy por hoy, salvo el caso de unos pocos cineastas que se mantienen fieles al género, el documental ha sido desplazado por la ficción incluso dentro de la producción de cortometrajes, la cual se hace también más y más aleatoria.

Y es que la industria cinematográfica nacional se ha ido desarrollando, cada quien busca hacerse un sitio, y hay que atenerse a los patrones de rentabilidad que, a la hora de la exhibición, aventajan el desarrollo de un argumento en 35 mm. y noventa minutos frente a los demás géneros y formatos que el gran público aún no ha aprendido a apreciar, ya que (como en

el caso del cine extranjero que ingresa al país) son los distribuidores y los exhibidores quienes imponen sus criterios, en base a la regla de la mínima inversión y la mayor ganancia...

Los pocos cortometrajes que aún sobreviven a esta crisis han venido realizando, en estos últimos años, una serie de encuentros y reuniones para reflexionar y analizar la situación. Liderizados por Oscar Lucien, Carlos Castillo, Román Chamorro, Andrés Agustí, Carlos Azpúrua, Donald Myerston y otros excéntricos de la industria cinematográfica nacional, han decidido concentrar sus esfuerzos en la comercialización, con la intención de oxigenar la producción del cortometraje.

Consideran, efectivamente, que la creación de un organismo cuya función sea exclusivamente la de dedicarse a la comercialización del corto, significaría necesariamente un factor de estímulo para acrecentar la producción, aumentar su calidad y multiplicar su variedad, determinando así una mayor demanda y, por ende, una continuidad en la producción. Porque desarrollar el cortometraje es también una manera de fortalecer la industria cinematográfica nacional.

